

PRESENTACION DE SOL SERRANO, PREMIO NACIONAL DE HISTORIA 2018, EN EL LANZAMIENTO DEL LIBRO “EL REENCUENTRO DE LOS DEMOCRATAS”, DE PATRICIO AYLWIN.

29 NOVIEMBRE 2018

Quisiera agradecer a la Fundación Aylwin y al Fondo de Cultura Económica el honor que significa decir unas palabras hoy. Esta nueva edición del texto de Patricio Aylwin tiene dos grandes novedades: la narración de ese año increíble que fue 1989; y que todos los documentos, la gran mayoría inéditos, se pueden consultar directamente en el repositorio digital www.archivopatricioaylwin.cl Novedad que al propio autor habría dejado perplejo, que es la panacea para los historiadores, pero que tiene un significado más profundo porque es un material inigualable para la enseñanza de la historia en los colegios. Basta a un alumno pedirle que lea un capítulo y que analice la manera en que Aylwin ocupó un documento que él tiene a la vista y que puede contrastarlo críticamente. Le debemos este formato pionero al extraordinario trabajo de Carlos Bascuñán y que amerita nuestro agradecimiento.

Agradezco este desafío –otra cosa es estar a la altura- de distinguir mi condición de aylwinista dura de la de historiadora. Fue un desafío que me permitió comprender que no solo no son contradictorias, sino que la primera ha sido en mi vida una gran contribución para la segunda.

La última página de El reencuentro de los demócratas es el momento cúlmine de la historia de la recuperación de la democracia chilena y la cumbre de su propia historia y de su propia vida. Tanto lo sabía, creo yo, que ni siquiera necesitó cerrar el libro con nuevas palabras.

Lo termina en el pasado y no en el presente de su propia escritura. Es su discurso en el Estadio Nacional en el acto de celebración de su investidura como Presidente de la Republica el 12 de marzo de 1990. El último párrafo del discurso es el último párrafo del libro.

Bien podríamos pensar que se debe a que esta edición incorpora desde el día del plebiscito hasta el que asume el gobierno y que ahí debía terminar. Quizás en su mente metódica y ordenada lo concibió así, pero su final no es cronológico aunque formalmente lo sea. Obedece, es mi interpretación, a la convicción y a la intuición de que ese momento sintetizaba el pasado que debía asumir y el futuro que debía construir.

Muchos años después, así lo entendió la opinión pública y la prensa al despedirlo. En esos días volvimos a ver una y otra y otra vez esa imagen, la misma exacta imagen con la cual años antes él decidió poner fin a su libro de memorias.

La maravilla que tiene la escritura es que fija la palabra en el texto para siempre y sin posibilidad de cambio. Las palabras de Aylwin son inmodificables en el tiempo. Pero un texto es un diálogo y no un monólogo, como pudiera parecer. Al final, es el lector quien lo cambia y lo transforma una y otra vez; un lector de hoy y de cien años más.

En lo personal fui testigo de cómo se gestó la primera versión y cuánto costó que efectivamente Aylwin accediera a hacerlo. Lo leí cuando salió y me pareció, como creo que lo es, un magnífico relato sobre el periodo comprendido entre el golpe del 73 y el plebiscito del 88, desde su propia participación y desde el ángulo de su interpretación de entonces y su mirada retrospectiva. No tiene ningún problema en explicar cuando hizo diagnósticos equivocados dado el contexto en que fueron formulados, como la naturaleza de lo que sería el régimen militar. No es auto justificatorio, sino que más bien busca explicar y explicarse por qué pensó y actuó como lo hizo.

Hoy 20 años después leo otro libro.

Quizás ahora me devela una trama inserta en el tiempo largo. Ese tiempo que podemos llamar perspectiva pero que yo prefiero llamar el tiempo de la interpretación. Ese que es finalmente el tiempo de la historia.

Si hubiera leído la última página del libro en el momento en que lo escribió, a fines de los 90, habría compartido que es el momento más bello, más emocionante y más completo del proceso que él mismo narra, a la vez que habría revivido la emoción de un momento que para tantos de nosotros fue uno de los más conmovedores de nuestras vidas y que ya quedo así para la historia.

Esta vez me pregunté porque Aylwin lo terminó así. Aylwin sabía al momento de pronunciar ese discurso que la democracia a construir tenía tanta fuerza y mística como duras constricciones. No deja espacio a dudas sobre cuál es el camino y que es un campo minado. La dictadura, con el apoyo de un importante sector de la derecha, había hecho un diseño casi inexpugnable. Más aun, al leer ese discurso, hoy recién reparo cuán claro tenía Aylwin que transitar en ese campo minado le costaría duras críticas.

Lo supo siempre y está en todos sus discursos desde que es nominado candidato. Estos son una verdadera pedagogía sobre la magnitud y sobre la dificultad de la tarea. Sabía que era el inicio de la democracia, tanto como sabía que sería una transición incompleta. Y que la conjunción de ambos factores definiría su periodo.

Nadie tuvo más conciencia que él, de que recibiría la gloria de ser el líder de la restauración democrática, pero que pagaría costos.

En el discurso del Estadio Nacional dice claramente: "Muchos se preguntan por qué aceptamos estas cosas y no ocultan su repulsa a las formas corteses en que se ha realizado el proceso de traspaso de gobierno mientras se consuman estos hechos (los amarres antidemocráticos). Participando de la condena moral que merece tal conducta... invito a mis compatriotas a ver la otra cara del asunto. "¿Deberíamos, para evitar aquellas limitaciones, haber expuesto a nuestro pueblo al riesgo de nuevas violencias sufrimientos y pérdidas de vida? El pueblo chileno, a través de la representación, había escogido esa forma de transición que era dentro de la cancha de la dictadura y que ello tenía costos y beneficios. "Sinceramente creo que la vía que escogimos era la mejor entre las posibles".

Esta cita no es de una entrevista en la prensa, no es del año 2000. No, es del mero discurso el asumir el gobierno.

Lo que no estaba en su registro de posibilidad es que esas restricciones no fueran incorporadas en el análisis de la democracia chilena de los últimos 30 años. Sobre ello menciona: “A ninguno de los comentaristas, que, en la tranquilidad de sus escritorios, han escrito sesudas críticas para descalificar nuestra transición a la democracia, se le ha pasado por la mente considerarlas (las restricciones). Prefieren ignorarlas”. No estaba en su registro porque no era imaginable que esas limitaciones fueran usadas en contra de la transición casi más que en contra la dictadura. La construcción ideológica que de ellas se hicieron posteriormente, creo que contribuye a comprender el cambio político de los últimos años.

Aylwin es un arquetipo de un tiempo largo de la historia de Chile. Aquello que lo constituye y lo define es ser un hombre de derecho. Su formación es la del derecho público chileno, no del que está hoy en boga, que se afana de ampliar el horizonte del reclamo de derechos sociales en la judicatura. Es una formación más clásica del constitucionalismo, en que el ejercicio del poder debe estar sujeto a formas jurídicas. No era un formalista. Porque creía en la política para la transformación de la sociedad, a condición de que ella estuviera sometida a las normas democráticas que el derecho era capaz de imponer.

Si se recorre su trayectoria, esta línea conductora es evidente: es desde los derechos constitucionales desde los cuales intenta negociar con Allende en los últimos días; sus proposiciones de salida a la crisis política eran jurídicas e institucionales. Es el derecho el que define toda su estrategia como presidente de la DC en la dictadura, como uno de los fundadores del grupo de los 24, y de su proposición tan relevante de ignorar el debate de la legitimidad y aceptar de facto la constitución para buscar una transición. Así en adelante.

Ello ayuda a comprender varias facetas suyas como político, desde su radical realismo, a la vez que la permanente invocación a los principios; de ser testimonial siempre en la clave de los principios. Creo que siempre se vio a sí mismo como un hombre de derecho, que fue abogado, luego político, finalmente un estadista. No se sintió ni pretendió ser un héroe. Su lenguaje es pedagógico y certero, tanto como doctrinario y convocante. Aylwin no habla en nombre de otros, del pueblo por ejemplo, sino en nombre de principios que son universales y de cada uno por naturaleza.

La estructura conceptual de sus Memorias son las de un jurista que recurre a la evidencia y a la argumentación lógica. No elucubra, ni introduce digresiones, a tirabuzones introduce algo personal así como “Fuimos con Leonor...” Solo está cómodo en la solidez del argumento. Ese es su lenguaje.

Es desde allí que Aylwin se inserta a sí mismo en la tradición republicana chilena. Puede no parecer evidente, pero en los textos que escribió en este periodo hay una clara interpretación de la historia de Chile, en la cual se sitúa el momento y el proyecto político.

Para Aylwin, la historia de Chile es la historia republicana, la historia del desarrollo de las instituciones democrática, un Estado “con definida vocación institucional y democrática”. El amor a la libertad y el rechazo a toda forma de opresión, el respeto a las instituciones y a la vigencia del derecho, la tolerancia y la búsqueda de consensos, definen esa tradición. Ve la Independencia como una ruptura hacia la construcción de las libertades, y

sintomáticamente invoca a O'Higgins y a Carrera pero no a Prat. La crisis del 73 se debió a la lenta ruptura de esa tradición; a la democracia considerada como formal y a la defensa a como diera lugar de los intereses económicos de ciertos grupos. En fin, retoma la idea de los tres tercios con proyectos globales excluyentes. La dictadura es la ruptura horrorosa y el futuro el encuentro con esa tradición.

Aylwin se inserta en una interpretación que nuevamente es jurídica institucional política. Alguien así, entre Manuel Montt y Andrés Bello, que construyó la historiografía liberal y que avanzó la historiografía social demócrata en el siglo XX. Aylwin no coqueteó con la interpretación más integrista de la historia, como lo hicieron los Falangistas de los 30. Porque esa tradición anteponía la crítica a la modernidad, a la construcción de las libertades propias del constitucionalismo democrático. Lo emocionaba la historia y su propia historia en ella. Todo en él refleja su profunda pertenencia histórica.

Por algo el prefijo "re" está en su vocabulario. Reencuentro se llama el libro y en un discurso como Presidente electo enumera como en una letanía los reencuentros que la construcción democrática requería. El primero es el Reencuentro de Chile con su Historia.

Historia y tradición no son en él sinónimo de pasado. En el mismo discurso del Estadio Nacional reclama la necesidad de hacerse cargo de las heridas del pasado como distinto a empantanarse en la cuentas del pasado: "Considero mi deber evitar que el tiempo se nos vaya mirando hacia el pasado".

Cuando vuelvo hoy a su lenguaje y a su visión de mundo, se me hace más claro, por contraste, la ausencia de la dimensión histórica y de la tradición en el discurso político. Que se traduce, aunque parezca paradójal, en una presencia abrumadora del pasado. No me refiero a la memoria en cuanto memorial sino a un discurso político -aquel que en parte rompió a la concertación y que ha alimentado a la nueva izquierda- estructurado en la condena del pasado. Por ello el término memoria reemplazó al de historia y la historia reciente es el imperio del "neo liberalismo" que comienza con Pinochet, continúa en la transición y la perpetúan los gobiernos de la concertación. Es una identidad fijada en la crítica del pasado más que en una construcción y un proceso.

Al final, en esta modernidad tardía, lo que vivimos es una profunda crisis del futuro, de la idea misma de futuro, porque sabemos poco cómo cambiarlo y porque le tememos. Le temen los nacionalismos, le temen los populismos, le temen los autoritarismos, pero todos le tememos porque no sabemos bien a qué nos lleva la tecnología, la modificación genética, la definición misma de persona humana, de la vida y de la muerte; porque no sabemos cómo vamos a salvar el medio ambiente y el planeta, a la vez que generar los recursos; porque finalmente, hasta los opulentos reclaman y los más pobres de los pobres no logran más que caminar por las fronteras. ¿Cuánto se ha hecho cargo la política de que hay que asumir la crisis de idea de futuro y que pensar el futuro requiere nuevas claves? Ante ese silencio, las utopías históricas no tienen más a dónde arrancar que hacia el refugio del pasado como crítica. Y parece no quedar más futuro a construir que el de los derechos.

No estoy con esto defendiendo un tipo de interpretación histórica determinada, ni menos la necesidad imperiosa de la crítica histórica. Al contrario critico su ausencia.

Esta nueva lectura de Aylwin me ayuda a comprender la política del presente en esta clave de pertenencia histórica y discurso de futuro.

Supongo que el presidente Aylwin sentiría mis palabras como abstrusas.

Y lo son.

Quizás le haría más sentido decirle que su pertenencia a una tradición democrática y a una historia le permitió construir un futuro que, haciéndose cargo del pasado, también lo superaba.

Con él termina una tradición. Y termina una cultura que sí creyó en el futuro.

Muchas gracias.